

dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo esto, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el día siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado, pero dixé entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna Iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dixo: ¿á quién llama Vmd., Señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué; no es esta la de Don Rafael? Yo no sé quién es ese Caballero, respondió el huésped: solo sé que esta casa es una posada, que yo soy su dueño, y que una hora antes que llegase Vmd., aquella dama con quien cenó anoche, vino á pedirme un buen quarto para un Caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí este,

te, habiéndomelo pagado anticipadamente.

Caí entónces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y eché mil maldiciones á mi estrella. El Posadero á quien conté mi aventura (de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en él como el Mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardía.

CAPITULO XVII.

El partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.

Despues de haber llorado bien, pero inutilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de entre-

tregarme á la desesperacion y desaliento debia animarme á combatir contra mi mala suerte. Volví pues á despertar mi corage, y me decía á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se hayan llevado tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras, y les agradecia haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dexarme mis botines, los que vendí al Posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad (gracias á Dios) de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al Meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido gran cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco á mi manga, caminaba triste y sin destino por las calles pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto era abusar de su bondad, y que ademas me tendria por una bestia, deseché este pensamiento. Juré sí que en adelante me guardaria bien de las mugeres,

res, y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De quando en quando volvia los ojos hácia mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubies; pero entiendo y conozco bien la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un Joyero para conocer que yo soy un pobre mentecato.

Con todo no quise dexar de ir á saber lo que valia mi sortija, y la presenté á un lapidario, que la tasó en tres ducados. Al oír semejante tasa dí á todos los diablos la sobrina del Gobernador de Filipinas, ó por mejor decir solo les repetí el don que mil veces les habia hecho. Al salir de casa del Lapidario encontré un mozo que se paró á considerarme y mirarme fixamente. Yo no me pude acordar tan presto de él aunque en otro tiempo le habia conocido perfectamente. ¿Cómo que, Gil Blas? me dixo; ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto que no conozcas al hijo del Barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio tu payzano, y tu condiscípulo de Lógica, y de quantas veces arguimos los dos en casa del Doctor Godínez sobre los universales y los grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar habia caido ya en cuenta de quien era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admi-

racion y de alegría. ¡Ah querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz! Y cuánto me alegro de volverte á ver. ¡Pero en qué equipage te veo! ¡Vive el Cielo que estás vestido como un Príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon, chupa y casaca de terciopelo, bordadas de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como la imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer del reservado; pero á mí, que las vendo. Dime por vida tuya: ese bellissimo rubí que brilla tanto en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adonis de las mugeres de Valladolid he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso que Fabricio conoció muy bien que me habían jugado alguna burla. Apuróme para que le dixese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexô. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos, y mientras tanto yo le hice puntual relacion de quanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Confe-

fesó que mis aventuras eran muy extrañas, y despues de protestarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dixo: amigo, es menester consolarnos y confortarnos en todas las desgracias de la vida. Esto es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de espíritu reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (dice Ciceron) *nunca debe un hombre abastirse tanto que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este caracter. Las desgracias no me acobardan; sé superarlas, y sé vencer los golpes de la mala fortuna. Por exemplo; amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su Padre, negómela como era regular. Qualquiera otro se hubiera muerto de dolor; pero yo (admira la fuerza de mi espíritu) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus Padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobre manera, por consiguiente pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su pasion de viajar, que resolvió irse á Portugal, pero tomó otro compañero para el viage plantándome á mí. Si no fuera el que soy me hubiera desesperado, y me hubiera rendido al peso de esta nueva desgracia, pero no me dió gana de hacerlo. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de

armarme contra el París que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar discusiones con la justicia, me interné en el Reyno de Leon, donde anduve de Lugar en Lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveímos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé, al llegar á Palencia, con un solo ducado, del qual tuve que comprar un par de zapatos: con el resto hubo para pocos dias. Víme embarazado en aquella situacion. Comenzaba yo á hacer dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un Mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero al mismo tiempo me hallé en un grande embarazo. Mandóme el Padre que espíase al hijo: suplicóme el hijo que le ayudase á engañar al Padre. Era preciso resolverme, y obrar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor viejo, el qual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dexaba morir de hambre. Y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Vineme á Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo me

aco-

acomodé con un Administrador del Hospital. Con él estoy todavía, y cada instante mas contento. El Señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo pensó en el bien de los pobres, y le tiene tanto apego y amor, que se ha dedicado á su administracion con un zelo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa. ¡Todo ha prosperado en sus manos! ¡Qué bendicion del Cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso le dixé: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte, pero, hablando en confianza, ¡páreceme que podias hacer otro papel en el mundo! Un mozo de tu talento debia pensar en mayor suerte. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber, que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de lacayo es penoso para uno que tenga poco meollo; mas para un mozo resuelto tiene grandes atractivos. Un genio superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre mentecato. Entra menos á servir que á mandar en casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Alhaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sirvele en ellas, se grangea su confianza,

fianza, y étele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he conducido con mi Administrador. Desde luego conocí de qué pie cogeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por un Santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta. Y aun hice mas: procuré imitarle representando con él el mismo papel que él representaba con los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su testaferró, y como su primer ministro. Baxo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia correrán por mi cuenta los bienes de los pobres. Me siento con tanto amor por ellos como el que les tiene mi amo; ¿y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué yo: doyte mil parabienes por ellas. Mas por lo que toca á mí vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu edad? ¿Sabes bien pobrete en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Exáminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote con-

ti-

tinuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, se te irá todo el dia en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle quando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza ó la decencia. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿qué premio te espera? Si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus Padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Así pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de lacayo, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se vá á la cama, y como hijo de la casa duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el Carnicero, ni en el Panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criados. Creeme, desecha para siempre el pensamiento de preceptor, y sigue mi ejemplo.

plo. Sea así, Fabricio, le respondí; pero no se encuentran todos los días Administradores como el que tú has hallado. Y si yo me resolviera á servir, quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. Oh, repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo de mi cuenta el encontrártelo, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una Universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba, la resolución y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dixo: ahora mismo quiero conducirte en derecha á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de quanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exácto lleva razon, no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos; en fin él fué quien me acomodó con el Administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, quando llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baxa, donde el hijo del Barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de mas de cincuenta años, que esta-
ba

ba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien por estar acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz caballerescamente. No se alzó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con particular atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese servir de lacayo, quando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dixo al punto: Señor Arias de Londoña, aquí le presento á Vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele Vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen montes y morenas; pero despues de bien acomodados, servitor amigo, y de todo se olvidan. ¿Cómo qué? replicó Fabricio: ¿está Vmd. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Pudieras haberte portado mejor. Tu conveniencia equivale á la de primer Oficial de qualquier Oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que

conociese el tío Arias que no servia á un ingrato quise que el agradecimiento fuese delante del favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi correspondencia como me acomodase en buena casa.

Mostróse contento de mi procedimiento, diciendo: así gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes excelentes puestos: leerélos, y Vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así. Necesita lacayo el Capitan Torbellino, hombre colérico, fantástico y brutal. Gruñe sin cesar, jura, pateo, y suéle estropear á los criados. Pase Vmd. adelante, dixe yo prontamente: no me gusta el Señor Capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, Viuda ya entrada en edad, agria de genio, descontentadiza y caprichosa, se halla sin lacayo. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede sufrir un día entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó chicos. Se puede decir que no hacen mas que probarla, y todavía esta nueva, aunque la han vestido dos mil. Falta un criado al Doctor Alvaro Fañez, Médico Químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y buenos salarios; pero sué-

le experimentar en ellos sus remedios, y se observa que en casa de este Químico hay siempre vacantes muchas plazas de lacayos. No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va Vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavía no las he leído todas, y puede haber alguna que contente. Diciendo esto prosiguió su lectura de esta manera. Tres semanas ha que está sin lacayo Doña Alfonsa de Solís: es una Señora anciana y devota, que pasa en la Iglesia las tres partes del día, y quiere tener siempre junto á sí á su criado. Otro: ayer despidió al suyo el Licenciado Sedillo, hombre ya viejo, y Canónigo de este Cabildo. Alto ahí, Señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á este puesto nos atenemos: el Canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa con título de ama una vieja beata que se llama la Señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se da un trato muy honrado á la familia. Fuera de eso el Canónigo es un Señor enfermizo, viejo, gotoso, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Va-

monos derechos á casa del Licenciado: yo mismo te quiero presentar, y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos con priesa del Señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia me encontraria otra tan buena, y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

AVEN-

**AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
LIBRO SEGUNDO.**

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del Licenciado Sedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del Licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y baxó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Preguntamos si se podria hablar al Señor Canónigo, quando se dexó ver la Señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la qual pendia por un lado un manojó de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. La saludamos con mucho respeto; y nos correspondió con igual cortesanía, pero con un ayre devoto, y los ojos baxos.

He